

LA VISION INTERNACIONAL ESPAÑOLA DE LOS PROBLEMAS MUNDIALES

I

En el número anterior de la REVISTA comentamos «La declaración de directrices exteriores del XVI Gobierno nacional» (núm. 128, julio-agosto 1973). Ahora vamos a presentar lo que llamaríamos «Panorama internacional de España», exposición abreviada y seleccionada del criterio oficial español sobre el momento internacional y sus urgentes problemas, se comprende que graduándolos según su interés directo para España. Nos basamos en un texto que pudiéramos calificar de complemento de la Declaración comentada en el anterior número: el discurso del ministro de Asuntos Exteriores español, don Laureano López Rodó en el turno de sesiones inaugurales de la XVII Asamblea General de la ONU, el pasado 28 de septiembre. Es, naturalmente, un texto breve, selecto y circunspecto, encuadrado en el deseable viejo estilo diplomático, aunque hay delegaciones que no respetan este estilo y se lanzan a furiosas arremetidas o a exposiciones de autopropaganda o de diatriba, sin contribuir a nada, y menos al prestigio de la ONU. Se nota en el texto el temperamento mesurado del ministro, bien distante de precedentes fogosidades, de añejas grandilocuencias y, en fin, de la gama de estilos personales ejercitados en torno a un mismo fin: que el mundo oiga la voz oficial de España, miembro activo y pasivo de la única organización mundial de vocación universal, con 135 afiliados tras de la admisión de las dos Alemanias —fruto de la ostpolitik, que parece a ratos ser la Ostlichepolitik—, y de las Bahamas, archipiélago lucayo descubierto por Colón (y un voto adicional más para Londres). Para completar el examen del texto ministerial, muy claro y correcto, gramatical y diplomáticamente, habría que exhumar en ciertos problemas otros: las declaraciones de Barrera de Irímo sobre el panorama monetario mundial del 1 de agosto de 1973; el comunicado conjunto peninsular de 8 de mayo de 1973; la declaración del propio López Rodó de 10 de agosto de 1973; la declaración hispano-francesa

del 28 de agosto de 1973; la del diplomático don Marcelino Oreja de 20 de septiembre de 1973 (rotulada en la prensa «La ostpolitik española no es sustitutiva ni alternativa frente al MCE»); las del ex ministro don Gregorio López ante las Cortes—a «puerta cerrada» y según las versiones de la prensa de 17 de mayo de 1973—y, en fin, un sinnúmero de comentarios a propósito de las entrevistas López Rodó-Kissinger (el «mago» que dijo en el Congreso que los acuerdos de 1970 con España no precisaban ratificación porque no comprometían en nada a su país). López Rodó-Douglas Home (ésta declaradamente negativa por obstrucción inglesa) y López Rodó-Benhima, nebulosa como todas las que cuentan con un interlocutor transfretano, aunque de presentación correcta. No es posible sintetizar tanto en el breve espacio de que disponemos, ni serviríamos a nuestros lectores, con un detallismo propio de los estudios monográficos insertos en las diferentes partes de la REVISTA. Registraremos lo que el discurso del ministro: generalidades y planteamientos, que no es lo mismo que vaguedades, y puede no coincidir siempre con las insinuaciones. Sobre unos temas, la brevedad del discurso no excluyó su rotundidad. Sobre otros fue más flexible o reservado, con margen para apreciaciones de cada lector. Es lo normal en un discurso normal de este tipo. Hubo algunas omisiones, pensamos que previamente meditadas.

II

Nos gustaría tratar con sumariaidad las partes del discurso —a veces referente a materias importantísimas— en que ello es posible, por tratarse de problemas sobre cuyo enfoque existe un cierto consensus internacional, aunque «grandes» y menos grandes no sean luego consecuentes con lo que han declarado, para defender sus más o menos admisibles intereses. O para dedicarse al deporte de la obstrucción. Así el problema de la paz mundial, tan maltratada y ensombrecida y, sin embargo —confortadora visión optimista—, sostenible y perfeccionable en esta época de desarrollo económico y social, avance tecnológico y perspectivas de superación de bienestar y cultura; con derribo de barreras y un equilibrio mejor que el del «terror»: el de la conjunción de esfuerzos en ambicioso ideal humanístico servido por la cultura y la técnica. Partiendo, claro está, del respeto a la soberanía e independencia de los Estados armonizados por sus nuevos lazos comunitarios, informativos y de repercusión de problemas, conflictos y sobre todo

de la gran pugna de desarrollo-subdesarrollo. El ministro no omitió el recuerdo de las formas larvadas de imperialismo, frente a las cuales cada pueblo debe buscar su respuesta «el veto de los tiempos» con pluralidad de opciones. Los bloques hostiles son otra amenaza —y de ahí la clara postura española en Helsinki— que registra en su tratamiento lapsus (suponiendo que lo sean) como el del Mediterráneo y omisiones —éstas descaradamente deliberadas— como la seguridad y la cooperación en el Atlántico Norte, y ¿por qué no añadirlo?, en la construcción de Europa, una Europa auténtica, igualizante, completa y abierta, bien diferente de ese herrenklub de mercaderes con vetos políticos y bloqueo que es la CEE. A nuestro entender, en un orden de prioridades del muestrario de problemas exteriores españoles, las relaciones con ese poder amenazante y hostil, es el más urgente y grave problema planteado, ya que —según nuestros conocimientos no infalibles pero sinceros— no tiene solución ideal a corto, ni dentro de sus actuales moldes, a ningún plazo. La CEE tiene que cambiar: en sí, y respecto de la excepcionalmente discriminada y bloqueada España. Los españoles tienen que prepararse, con visibilidad y decisión y sin egoísmos entre ellos, no con pesimismo ni desorientaciones, a pasar malos ratos y serias dificultades procedentes de quienes manipulan la CEE (no se puede ser «amigo» fuera de ella y acérrimo hostigador dentro). Trances peores tuvimos y fueron superados Y consuelo no disparatado: la CEE es irreversible; pero por eso mismo, la magnitud de sus errores la obligará a rectificaciones que nunca podrán ser peor que el presente. El ministro fue sobrio sobre este tema. Había otras negociaciones sobre él fuera de la ONU: que no es su mejor escenario —al contrario— la CEE maltrata a la «hijuela» de la ONU, el GATT, tanto como los proteccionismos económicos yanqui, soviético y, bajo disfraz, nipón.

III

Fue más largo y preciso, sin la menor concesión al lirismo, el ministro sobre Gibraltar, el problema para el que los ocupantes tienen la fórmula de mantenerse por la fuerza sine die, ocultando toda verdad que les perjudique, resaltando los hechos que nutren su propaganda («problema de población»: pero ¿puede autodeterminarse una base militar?, dijo en otro lugar agudamente el ministro, motivo por el cual no gustamos de base alguna, por inocua o beneficiosa que parezca, estén en Rota o donde sea). El ministro, con lógica aplastante recordó las decisiones de la ONU en la materia

—escandalosamente vulneradas por el poder colonial, que no ha parado en sus «corrimientos» terrestres y hasta aéreos— y la generosa oferta española de respetar a los calpenses su especial régimen de autonomía legislativa, judicial, administrativa y financiera, sus libertades, su gobierno local y puerto franco, y hasta su renta per cápita actual. ¿Puede ofrecerse más?

Sentimos cierto embarazo, no en glosar —una vez más— la justa y clara postura española, ni en recordar las más flagrantes vulneraciones del Derecho y de la Paz internacionales —con su repercusión mediterránea— ni en compartir la tesis del ministro, que es la de España, desde 1704. Es que creemos que la oratoria, indispensable y breve, sólo puede ser una mínima parte en la estrategia encaminada —sin ilusiones precipitadas— a la descolonización. Es que mientras España siga haciendo de «bondadosa del mundo» (pese a las campañas sobre su sistema interno), aguantando a grandes y chicos lo inaguantable y sirviéndolos con generosidad que más que seráfica puede ser limbesca, los ocupantes no nos tomarán en serio. En otra parte distinta de su gestión en Nueva York se ha dicho por la prensa que el ministro recordó a Kissinger que en la futura «Carta Atlántica» —que no va a salir— no puede excluirse a España. Cuando España enseñe donde pueda sus modestos dientes y deje de ofrecerse siempre como blanco para abusos —vengan de quien vengan y se escuden en lo que se escuden—, los preparativos para descongelar la descolonización estarán en líneas coherentes. Preparativos complejos, difíciles e incluso arriesgados —el nuevo embajador en Londres podrá observarlo sin dificultad— pero no tan limitados en medios como a primera vista parece. España, criatura dócil ante el Tío Sam y pacienzuda hasta lo imaginable ante el Tío Hassan, tiene que ser en general más hirsuta —valga la palabreja—, porque la paciencia puede reservarse (juiciosa y no incondicionalmente) para las relaciones con los países de la estirpe hispana, que son felices en general, y fueron concisamente aludidos por el ministro, quien destacó la primacía de los problemas de desarrollo y la cooperación positiva de España, dentro de sus posibilidades, a su solución.

IV

Tocó éste también el problema del Próximo Oriente, sacando de la «conspiración del silencio» al status de la Ciudad Santa. Pocos días después, la trágica realidad de una nueva guerra acababa con la frágil ¿paz? del escenario y colocaba a éste al rojo vivo, y con sordina, a las relaciones entre muchos

países con intereses en la región, que casualmente es muy rica en ese producto sucio, pero indispensable, que se agota y se encarece: el petróleo.

Acaso por concatenación de ideas, el ministro pasó después a ocuparse del magno problema de la cooperación internacional para el desarrollo. Recordando viejos presupuestos—por todos reclamados y por pocos cumplidos—, como respeto mutuo, equilibrio (?), seguridad, coexistencia pacífica y cooperación positiva, dedicó un recuerdo especial a los aspectos cruciales del problema del futuro del mundo—desarrollo o autodestrucción es el reto y el dilema que legamos a nuestros sucesores—, unos olvidados o más ligeramente abordados por los oradores de esa interminable ronda inaugural de todas las asambleas. Así la actitud recelosa—con hasta razón—de la juventud a la que llamamos peyorativamente «rebelde» sin analizar quiénes o qué ocasionan su disconformidad con el hoy. El problema de la escasez de recursos—en contraste con el auge de la «producción destructiva»—, la crisis de fuentes energéticas, la degradación insoportable (calificativo no exagerado) de la ecología, la inestabilidad (pudo decir anarquía) monetaria, etc., con sus trágicas visiones externas: el hambre de millones de seres, exposición comprendida de la merma del potencial de supervivencia.

V

Fue, en conjunto, un serio discurso el del ministro; no por su arrebatadora elocuencia, ni por sus maquiavelismos en la línea del sacro egoísmo nazionale, ni por su quizá forzoso pero triste aldabonazo (harto apagado por los potentes medios propagandísticos del más fuerte) del vergonzoso ejemplo de la única colonia en Europa. Para que no se nos impute adulación, o simplemente intoxicación de «autocomplacencia dirigida», diremos, con nuestra falible sinceridad y sin otro bagaje que cuarenta años de estudios de la vida internacional (por impulsos vocacionales no ligados a intereses materializables) que faltaron muchos temas en el discurso del ministro. Faltas probablemente compensadas con gestiones mucho más discretas que un parlamento ante un areópago mundial (entrevistas, notas y suponemos que algunos preparativos, porque las cosas no caen de lo alto, sino que Dios quiere que el hombre labore para procurárselas). Mas entre los dos extremos, el del discurso florido, detallista y exhaustivo y el del discurso sencillo, claro y conciso, nos quedamos con el último sistema. López Rodó no «deslumbró»—quienes le conocen saben

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

que le gusta trabajar y servir, no deslumbrar— a nadie, como tantos de sus colegas, algunos representantes de Estados en cuyos diccionarios las palabras delicadeza, objetividad y decoro se han supreso para actuar en la escena internacional. López Rodó expuso claro y bien— aunque omitiera cosas recordables— y convenció a muchos, incluidos los que no lo confesaran en público porque no les convenga. La política exterior española y, más aún, la amplia visión española de los problemas del mundo, previsor y generosa, tuvieron un buen expositor en un gran escenario con el discurso que hemos comentado.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

